

NEW LEFT REVIEW 101

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2016

ARTÍCULOS

KEVAN HARRIS	Remodelar Oriente Próximo	7
ERIC HOBSBAWN	Pierre Bourdieu	41
WANDA VRASTI	Trabajar en Prenzlau	53
LITERARY LAB	Cartografiar las emociones londinenses	69
ALEXANDRA REZA	La nueva escoba de Burkina Faso	99
WILLIAM DAVIES	Neoliberalismo 3.0	129

CRÍTICA

DANIEL FINN	Guía para el desafío	145
DYLAN RILEY	La política como teatro	158

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CRÍTICA

Diarmaid Ferriter, *A Nation and Not a Rabble: The Irish Revolution 1913-1923*, Londres, Profile Books, 2015, 517 pp.

DANIEL FINN

UNA GUÍA PARA DESAFIAR CON ÉXITO

Entre el diluvio de literatura sobre la revolución nacional irlandesa que ha aparecido en los últimos años, la última obra de Diarmaid Ferriter estaba destinada a atraer una atención especial, aunque sólo fuera por el perfil del que goza su autor en la vida pública irlandesa. Profesor de historia moderna irlandesa en el University College de Dublín, Ferriter comenzó su carrera académica con una serie de monografías sobre el movimiento antialcohólico y el gobierno local en Irlanda, antes de hacerse un nombre con una ambiciosa obra de síntesis, *The Transformation of Ireland, 1900-2000* (2004), a la que siguió una biografía revisionista de Éamon De Valera, un estudio de la moderna sexualidad irlandesa y una historia de Irlanda en la década de 1970. Parejamente a este rosario de publicaciones, Ferriter se ha situado como una personalidad de los medios de comunicación, en el primer recurso para los programas de televisión que necesiten la perspectiva de un historiador y en un colaborador regular en la prensa nacional (recientemente como columnista para la edición del fin de semana de *The Irish Times*). No se puede negar el estatus de Ferriter como el más prominente historiador público de su generación, en un país donde los debates históricos se producen con un inusitado sentido de urgencia por parte de voces ajenas a la academia.

A Nation and Not a Rabble entra dentro de ese próspero género bibliográfico programado para coincidir con una década de centenarios, que abarcan los acontecimientos cruciales de la lucha de Irlanda por la independencia nacional. La secuencia comienza con la crisis del Estatuto de Autonomía

de 1912-1914: el Partido Parlamentario Irlandés (PPI) consiguió negociar la promesa de que Irlanda se autogobernaría mediante una asamblea radicada en Dublín a cambio de su apoyo al programa de reformas liberal en Westminster, pero sus esfuerzos se vieron desbaratados por una alianza de los unionistas del Ulster y los conservadores británicos. Con las milicias unionistas y nacionalistas rivales en pie de guerra para resistir o revocar el Estatuto de Autonomía y con la isla aparentemente al borde de la guerra civil, el conflicto europeo hizo irrupción en el verano de 1914, cuando los principales líderes de ambos campos ofrecieron su apoyo al esfuerzo bélico. Dos años más tarde, un grupo de nacionalistas radicales buscó beneficiarse de la oportunidad que ofrecía la guerra mediante la organización de un levantamiento en Dublín, que fue suprimido en el curso de una semana; los líderes fueron prontamente ejecutados, pero la opinión nacionalista se radicalizó en la estela de la insurrección y el PPI se vio desplazado por un nuevo partido, el Sinn Féin, que barrió en las elecciones generales de 1918 con un programa que exigía la independencia total. A esto le siguió una campaña de guerra de guerrillas encabezada por el Ejército Republicano Irlandés (IRA) que, posteriormente, condujo a las negociaciones y al Tratado anglo-irlandés de 1921. Tanto el Sinn Féin como el IRA se escindieron en torno a diferencias sobre los términos del Tratado; el campo partidario del Tratado venció en la Guerra Civil de 1922-1923. Mientras tanto, seis de los nueve condados del Ulster se desgajaban del territorio del nuevo Estado Libre y, durante el medio siglo siguiente, estarían gobernados por los unionistas locales.

Estos acontecimientos han sido señalados con gran solemnidad por la clase política irlandesa así como por los medios de comunicación del país. Pero hay más razones que las oportunidades verdaderamente lucrativas de publicación para este florecimiento de la escritura histórica. Desde principios de siglo, una rica veta de material de archivo se ha puesto a disposición de los historiadores irlandeses, como para confirmar la observación de Peter Hart de que la irlandesa «ha sido, posiblemente, la revolución más documentada de la historia moderna». El Bureau of Military History (BMH), un organismo financiado por el Estado, había reunido, durante las décadas de 1940 y 1950, más de 1.700 declaraciones de testigos participantes pero, una vez completado el proyecto, estas declaraciones se incautaron durante casi medio siglo y no fueron hechas públicas hasta 2003. Una década más tarde, un botín de documentación aún mayor cayó en manos académicas, cuando la Military Service Pensions Collection (MSPC) abrió sus cámaras: casi 300.000 expedientes, cuidadosamente reunidos por los funcionarios cuando quienes habían luchado (o que decían haber luchado) durante la Insurrección de Pascua de 1916 y la consiguiente Guerra de Independencia solicitaban su pensión. Hay grandes razones para que los historiadores irlandeses se acerquen al periodo revolucionario con ojos nuevos tras empezar a procesar este regalo del cielo.

La adopción de una nueva perspectiva sobre los años de formación del moderno Estado irlandés ha sido posible también por la transformación del clima político. El aparentemente irresoluble conflicto de Irlanda del Norte arrojó una alargada sombra sobre la historiografía irlandesa de las décadas de 1970 y 1980, dejando una fuerte huella en el enfoque «revisionista» que en aquel momento ejercía una poderosa influencia. El propio término es controvertido y difícil de determinar. Los historiadores profesionales suelen reaccionar con disgusto ante la sugerencia de que pertenecen a una u otra escuela o corriente revisionista, menospreciando a sus críticos como ideólogos aferrados a la tradición a quienes les desagrada encontrar a sus adorados mitos colocados bajo el microscopio académico; en palabras de Roy Foster, a menudo considerado como un representante de esta tendencia: «Decir “revisionista” debería ser otra manera de decir “historiador”». Foster definió el revisionismo, para sus propios propósitos, como «algo tan simple como el deseo de eliminar en la medida de lo posible la mirada *whig* sobre la historia, esa mirada que contempla cada acontecimiento y cada proceso a la luz de lo que vino después en lugar de lo que ocurrió antes». Esto no tiene por qué conllevar ninguna opinión particular sobre las relaciones anglo-irlandesas, pero el historiador de Oxford dejaba clara su admiración por aquellas obras que desplegaran «el escepticismo más vigoroso acerca del devocionario del nacionalismo irlandés».

Existe, por supuesto, un país vecino, con su propia variedad de nacionalismo, un país cuyas universidades han educado y contratado a muchos historiadores irlandeses y del que se sabe que sus periódicos y revistas han publicado artículos de esos historiadores y reseñado sus libros, de manera más o menos admirativa, según sea el caso. Pero Foster parece únicamente ser capaz de apañar un rictus de superioridad condescendiente para aquellos dispuestos a desafiar las mitologías del nacionalismo británico: «Un deseo de expiar lo que se consideran pecados del pasado y una sorpresa auténtica ante los abominables documentos sobre muchos hechos del gobierno británico en Irlanda es comprensible; probablemente sea bueno para el alma inglesa; pero hay que cuestionarse si nos conduce a una comprensión más fiel». Tres décadas más tarde, al menos puede quedarse tranquilo en lo que a esto respecta, porque el celo excesivo a la hora de expiar los pecados del pasado, ya sean los cometidos en Irlanda o en cualquier otro lugar, no parece un rasgo destacado de la cultura pública británica. Fue esta doble vara de medir presente en la práctica del «revisionismo», la sensación de que *su historia insular* no se manejaba con la misma irreverencia que *nuestra historia insular*, lo que ofendió a muchos que, de otro modo, habrían sido felices de ver cómo las vacas sagradas del nacionalismo irlandés eran conducidas al matadero. A pocos nacionalistas británicos molestaría la descripción que hace Foster de la Rebelión de Pascua, en su obra seminal *Modern Ireland*

(1988), como «un sacrificio sangriento», enraizado en «el irracionalismo irlandés»; o la referencia de David Fitzpatrick a los rebeldes de 1916 en la *Oxford History of Ireland*, como «los escuadrones suicidas de Pearse»; o el empleo de «anglofobia» como sinónimo de oposición al gobierno británico en Irlanda que hacen tanto Foster como Fitzpatrick. La iconoclastia en este campo estaba en gran medida en el ojo que la veía.

Dos historiadores a quienes Foster cita con aprobación, Leland Lyons y Ronan Fanning, tenían una noción mucho más clara del peligro que las inquietudes políticas actuales podían suponer para la escritura de la historia irlandesa. En 1971, Lyons proponía que, en respuesta a la campaña del IRA en Irlanda del Norte, los historiadores irlandeses habían «empezado de una manera bastante febril a examinar sus conciencias (o las de sus colegas) para ver si era posible que, mediante su escritura, hubieran otorgado una preeminencia no merecida al concepto de militancia revolucionaria», y advertía que tales historiadores «constitucionales» estaban «tan en peligro de caer en la falacia *whig*» como lo estaban los partidarios de «1916 y todo lo demás». Quince años más tarde, Fanning señalaba que los archivos del gobierno británico durante el periodo revolucionario solamente se habían puesto a disposición de los académicos a finales de la década de 1960: «Creo que el hecho de que la apertura de esos archivos sobre las “revueltas” del pasado precediera inmediatamente a las “revueltas” del presente ha influido mucho más profundamente en la redacción de la historia irlandesa del siglo XX de lo que la mayoría de los historiadores estaban dispuestos a reconocer de primeras». No es que hoy hayan desaparecido por completo esas presiones, pero, al menos, en la estela del proceso de paz de Irlanda del Norte, se han calmado un poco, lo que permite un enfoque más equilibrado.

El libro de Ferriter es, en gran parte, un producto de este momento «posrevisionista» y nos da una idea de por dónde se mueve el debate (términos como «anglofobia», afortunadamente, no aparecen en sus páginas). La estructura que ha adoptado sorprenderá a aquellos que, como promete el subtítulo del libro, se esperen un relato lineal de la revolución irlandesa y puede suponer un desafío para el lector que no tenga un conocimiento básico previo de los acontecimientos que describe. Las primeras cien páginas se dedican a las formas en las que se ha contado e impreso esta historia a partir de la década de 1920, desde las memorias de los jefes de la guerrilla hasta las últimas investigaciones académicas. Después, Ferriter emplea un poco más de doscientas páginas para describir la lucha independentista en sentido estricto, antes de concluir con aproximadamente otras noventa páginas sobre sus secuelas (en especial, con el enfoque que el Estado irlandés y su clase política ha adoptado para la conmemoración a lo largo de las décadas). El relato de la revolución ocupa, por lo tanto, apenas la mitad de la extensión total del libro. Comparativamente, el historiador británico Charles

Townsend ha publicado dos libros que cubren el mismo periodo –*Easter 1916* (2005) y *The Republic* (2013)– y que, entre ambos, suman casi mil páginas. Es inevitable que el relato de Ferriter parezca algo ralo cuando se le lee junto al de Townsend que, naturalmente, proporciona muchos más detalles, tanto sobre el desarrollo interno del Sinn Féin y del IRA, como sobre la evolución de la política gubernamental británica en respuesta al desafío nacionalista. Pero hay suficiente material fresco aquí, procedente de los archivos del BMH/MSPC y de otras fuentes, como para justificar el resultado.

Un efecto colateral de la estructura del libro es que pone entre paréntesis algunas de las controversias más virulentas, aislándolas del núcleo de su narración; para cuando Ferriter se centra directamente en la Insurrección de 1916, hace ya varios capítulos que los lectores han escuchado los puntos de vista en conflicto acerca de su legitimidad, de boca de gente como Francis Shaw y Conor Cruise O'Brien. Su propio análisis se deshace calmadamente de ese argumento, que sigue siendo popular entre los historiadores más inflexiblemente revisionistas –especialmente Ruth Dudley Edwards, una favorita perenne de la prensa *tory* británica– y que considera la Rebelión como un *putsch* antidemocrático, que sacó al nacionalismo irlandés de los senderos constitucionales. Fueron los unionistas del Ulster y sus aliados británicos quienes primero emplearon métodos anticonstitucionales para desbaratar el proyecto de ley de autonomía de Irlanda aprobada por los liberales británicos y sus aliados del PPI: el político laborista Thomas Johnson pudo publicar una *Guide to Successful Defiance of the British Government* en 1918, citando discursos del jefe unionista Edward Carson y del líder conservador Andrew Bonar Law, quienes consiguieron, en palabras de Johnson, «con éxito total, mediante un despliegue de fuerza armada, desafiar el poderío del Imperio y fueron después honrados y recompensados por el mismo gobierno que desafiaron». Los Voluntarios Irlandeses, que proporcionaron el grueso de la fuerza de combate de 1916, habían sido inicialmente reclutados para defender la legislación aprobada por el parlamento británico. Sir John Maxwell, el general encargado de someter Dublín, en privado responsabilizaba al gobierno británico de lo que había ocurrido: «Desde el momento en el que cerraron los ojos ante la ruptura de la ley por parte del Ulster comenzaron las dificultades». Al líder del PPI, John Redmond, se le describe a menudo como la gran víctima de la revuelta, barrido por la marea de nacionalismo radical que vino después; pero, como señala Ferriter, el apoyo a los partidarios del estatuto de autogobierno autónomo de Irlanda ya había empezado a menguar antes de que se produjeran los primeros disparos en Dublín, en gran parte debido al apoyo del partido al esfuerzo bélico: «Dado el completo y total apoyo por parte de Redmond a una guerra que cada vez se volvía más impopular en Irlanda, el PPI tenía graves problemas, con independencia de la Revuelta».

Dejar de lado la tendenciosa perspectiva de la insurrección como un «sacrificio sangriento», irracional e inútil permite una discusión mucho más útil acerca de sus ambiciones y sus logros. La mirada *whig* retrospectiva se ha desplegado en muchas ocasiones para demostrar que era inevitable que los rebeldes cayeran, pero ellos tenían la esperanza de movilizar a una sección mucho más amplia de los miembros de los Voluntarios de lo que resultó ser el caso y habían albergado esperanzas, poco realistas, de recibir ayuda por parte de Berlín contra su enemigo común. Muchos de los líderes de 1916 –en especial el marxista revolucionario James Connolly– temían que, si no se asestaba un golpe a la dominación extranjera antes de que terminara la guerra, toda esperanza de asegurarse la independencia irlandesa frente a un imperio británico triunfante estaría perdida; según el planteamiento de Ferriter, «fue un determinado modo de desesperación mezclado con un vago optimismo entre el republicanismo y el socialismo irlandés lo que precipitó las maniobras del Lunes de Pascua». Resultó ser una completa equivocación, por supuesto: tras la derrota de los rebeldes y la ejecución de sus dirigentes, los Voluntarios supervivientes se reorganizaron como el IRA, trabajando en colaboración con el ala política del movimiento, el Sinn Féin, para minar la legitimidad y el poder coercitivo del Estado británico en Irlanda. Ferriter cita una observación de John MacBride, uno de los ajusticiados, que a su vez se cita en una de las declaraciones de testigos recogidas por el BMH: «Si esto ocurre de nuevo, seguid mi consejo y nunca os metáis entre cuatro paredes». Esa lección se la aprendió de memoria la nueva dirección del IRA, cuya campaña de guerrilla –a menudo dirigida por veteranos del ejército británico, recién llegados de las trincheras– demostró ser mucho más eficaz que los métodos de la Semana de Pascua.

Mientras que las opiniones hostiles a 1916 aún hallan un amplio espacio en los medios de comunicación irlandeses, su impacto en la opinión popular ha sido limitado. No puede decirse lo mismo de otra perspectiva que Ferriter desmantela tranquilamente: el culto a Michael Collins y la exaltación de quienes, como Collins, apoyaron el Tratado anglo-irlandés de 1921, considerados unos pragmáticos sensatos, armados de unos sólidos principios democráticos de los que conspicuamente carecían sus oponentes. En las últimas décadas, Collins ha sido elevado a las alturas de una estrella del rock gracias a los esfuerzos de devotos de su figura, como el cineasta Neil Jordan y el periodista Tim Pat Coogan, cuyas populares biografías de Collins y de su rival opuesto al Tratado, De Valera, probablemente hayan alcanzado a un público mucho más amplio que el que han conseguido todos los historiadores revisionistas juntos. El hecho de que Collins muriera joven, a manos de las fuerzas contrarias al Tratado, en una emboscada de la Guerra Civil, ha permitido a sus admiradores apartar cualquier responsabilidad sobre los desengaños del periodo posrevolucionario de las manos del jefe

del IRA más famoso de los tiempos de la guerra. Ferriter da poco crédito a esta imagen icónica de Collins: como señala, este tenía una actitud profundamente conservadora y sus camaradas partidarios del Tratado, cuando asumieron el control del nuevo Estado irlandés a partir de 1921, se dedicarían sin descanso a suprimir el más mínimo indicio de reforma social. Los cimientos de lo que se conocería como «la Irlanda de De Valera», una sociedad salvajemente intolerante ante aquellos que no podían aceptar sus costumbres culturales represivas, se habían puesto mucho antes de que el partido de De Valera, el Fianna Fáil, asumiera el gobierno en 1932.

El culto a Collins se alimenta de la idea de que el Tratado anglo-irlandés era lo mejor que se podría haber conseguido bajo esas circunstancias y de la visión de sus oponentes republicanos como inflexibles, irredentos puristas, que únicamente sentían indiferencia ante la voluntad popular. La expresión más clara de esta corriente puede encontrarse en 1922: *The Birth of Irish Democracy*, una obra publicada por el politólogo Tom Garvin en 1996, que festeja la derrota de las fuerzas contrarias al Tratado como la piedra fundacional del gobierno constitucional en Irlanda. Ferriter considera que este cuento moral pintoresco no es convincente: «Reducir la brecha de la Guerra Civil a una cuestión de políticos “demócratas” partidarios del Tratado y “dictadores” militares contrarios al mismo no hace justicia a la complejidad de los dilemas y perspectivas de 1922; ninguno de los dos bandos, a lo largo de este conflicto, tenía el monopolio de la virtud o del sentimiento democrático». El campo contrario al Tratado se oponía al acuerdo por dos razones: la primera es que los negociadores británicos negaban su reconocimiento a una República Irlandesa, que había sido abrumadoramente respaldada (con la excepción del Ulster) en dos elecciones nacionales, ofreciendo en su lugar un estatus de Dominio bajo la Corona; y la segunda que habían insistido en que el territorio del nuevo Estado excluyera los seis condados del noreste en los que se concentraba la minoría protestante. Ferriter plantea que la intransigencia británica daba a entender que la República nunca estuvo dentro de lo posible, pero, a continuación, muestra que la partición era un asunto muy diferente.

Según el secretario de Lloyd George, el primer ministro británico había adoptado una posición inflexible sobre los asuntos imperiales, en parte porque no quería que las conversaciones se rompieran por el Ulster: «Los hombres morirán por el trono y el Imperio, no creo que nadie muera por Tyrone y Fermanagh». El pequeño Estado de Irlanda del Norte, al que aspiraban los unionistas del Ulster y sus partidarios conservadores, incluiría amplias porciones de territorio en las que había mayoría nacionalista, incluyendo la segunda mayor ciudad y dos de sus seis condados; el consenso en aquel momento era que cualquier cosa más pequeña no sería viable. Las notas de una reunión celebrada en casa de Churchill durante

las negociaciones del Tratado muestran a Lloyd George enfatizando que una política así no tendría apenas justificación alguna: «Él dijo que podría proponer un parlamento de seis condados, subordinado a un parlamento nacional [irlandés]. Alternativamente, dijo que podría intentar un plan que contemplara una nueva frontera o un voto para la conclusión o exclusión de la totalidad del Ulster como unidad, pero que no tenía esperanzas en ello». En realidad, sin embargo, entregaría mucho más que eso a los unionistas: el único interrogante que quedó pendiente sobre la división fue la creación de una comisión de fronteras, que se compondría de un representante de Dublín, otro de Belfast y un presidente nombrado por Londres. Su informe, una vez finalizado en 1925, recomendaba, para sorpresa de nadie, conservar el *statu quo* introduciendo unos cuantos cambios menores.

Los negociadores irlandeses demostraron una notable ingenuidad al aceptar esta cláusula y la misma miopía se hizo evidente en Dublín: los debates encendidos sobre el Tratado se centraron en el estatus de los veintiséis condados estatales, con ambos bandos dando tácitamente por sentado que la comisión de fronteras se encargaría de su vecino del norte cuando llegara el momento. Casi un siglo más tarde, esos rasgos de los estados del sur a los que más objetaban los republicanos (sus vínculos imperiales y el juramento de lealtad a la corona Británica que los congresistas debían pronunciar) hace tiempo que se han roto, mientras que la partición sigue siendo tan sólida como siempre. Una cosa es defender que en esa encrucijada la partición fuera inevitable de una manera u otra: mientras la elite política británica se mostrara dispuesta a respaldar a la resistencia unionista con su poder, los nacionalistas irlandeses se enfrentarían a una desmoralizante lucha agotadora para lograr su propósito de conseguir un Estado que incluyera a toda Irlanda. Pero es algo muy distinto sostener que la partición era inevitable *en la forma que asumió*; como muestra Ferriter, ese desenlace fue en gran medida contingente. En la situación actual no se puede saber si una Irlanda del Norte truncada habría perdurado o no. La experiencia nos enseña que no hay criterios objetivos de «viabilidad» para los Estados –y mucho menos para las regiones dentro de los Estados– y, en cualquier caso, nunca llegó el momento en el que el territorio se sostuviera por sí mismo, sin ayuda de los fondos británicos, como los planificadores imperiales habían anticipado originariamente que ocurriría. Sí está claro, sin embargo, que Irlanda del Norte así constituida reunía lo peor de ambos mundos, con una mayoría unionista fiable dentro de sus fronteras, pero con una minoría nacionalista que aún era lo bastante numerosa como para que sus gobernantes la presentaran como una amenaza existencial y, por lo tanto, impidieran así cualquier alineamiento «normal» de la política de acuerdo con líneas de clase. Lloyd George, que durante muchos años se llevó el mérito otorgado por historiadores mal informados de haber resuelto la cuestión irlandesa, se limitó a poner

una bomba de relojería en el corazón del acuerdo de paz, que explotaría cincuenta años más tarde. Y los negociadores del Sinn Féin se lo permitieron.

¿Hubo algo más que incompetencia detrás de este fracaso? Otro hilo importante del relato de Ferriter apunta a una hipótesis alternativa, aunque no es una conexión que haga el propio autor. Los hombres que acabaron por dominar la facción partidaria del Tratado –Collins, Arthur Griffith, Richard Mulcahy, William Cosgrave, Kevin O’Higgins, Ernest Blythe– eran todos firmes conservadores, a quienes perturbaba profundamente cualquier desafío a las jerarquías establecidas de clase y género. Ferriter cita una carta de Cosgrave de 1921, dirigida a un compañero ministro del gobierno clandestino del Sinn Féin, en la que expresa este punto de vista con una claridad glacial:

Las personas criadas en hospicios, como bien sabes, no son una gran adquisición para la comunidad y no tienen nociones de ningún tipo sobre la responsabilidad civil. Como regla general, su mayor aspiración es vivir a costa de quienes pagan impuestos. En consecuencia, sería una ganancia decisiva si a todos ellos se les metiera en la cabeza emigrar. Cuando estén en el extranjero tendrán que asumir sus propias responsabilidades y tendrán que trabajar les guste o no.

La atención minuciosa que se presta a los conflictos sociales que coincidieron con la Guerra de Independencia es un rasgo notable de la obra de Ferriter (y es un rasgo por el que su relato es claramente superior al de Charles Townsend, que no otorga a estas cuestiones todo el espacio que merecen). Como señala Ferriter, la afiliación sindical en este periodo llegó a 303.000 miembros, partiendo de los 110.000 inscritos registrados en 1914. En ocasiones, la lucha obrera convergía directamente con la batalla por la independencia, como en los casos de la huelga general contra el reclutamiento en 1918 o del breve soviét declarado por el Consejo de Oficios de Limerick, al año siguiente, para protestar contra la ley marcial. A menudo, simplemente se beneficiaba de las oportunidades que ofrecía el colapso del gobierno británico en Irlanda. Mientras la Royal Irish Constabulary se desintegraba bajo la presión de los ataques del IRA y los tribunales oficiales se veían ampliamente sobrepasados por el sistema paralelo del Sinn Féin, los patronos no podían seguir apoyándose en una máquina estatal en funcionamiento para respaldar su posición; el Estado republicano alternativo apenas les valía como sustituto mientras estuviera fuera de la ley.

Sabiendo lo que ahora sabemos sobre la senda que seguiría el nuevo Estado irlandés, es difícil dar crédito al miedo a la inestabilidad social y al radicalismo de la clase obrera, que invadía las mentes conservadoras de la época, pero este se trasluce en los registros documentales. En 1921, la ministra de trabajo del Sinn Féin, Constance Markievicz, advirtió con brusquedad: «Si emergiera un líder popular violento entre los obreros desafectos sería imposible predecir hasta qué punto se desarrollaría el conflicto». Ese mismo

año, el medio propagandístico del Sinn Féin, *The Irish Bulletin*, se quejaba de cómo se extendía la agitación debido a la cuestión de la tierra, especialmente en los empobrecidos condados del oeste: «La mente del pueblo se aparta de la lucha por la libertad para entrar en una guerra de clases e, incluso, existe la posibilidad de que el IRA, que se compone en gran medida de hijos de campesinos, sea afectado por ello». Aunque el Partido Laborista había dejado campo libre al Sinn Féin en 1918, los republicanos se vieron obligados a hacer un gesto hacia el movimiento obrero, bajo la forma del Programa Democrático, adoptado por el parlamento rebelde en 1919. Ferriter cita esa frase tan conocida de Séan O'Faoláin sobre que este manifiesto socialdemócrata fue «escuchado y discutido exactamente durante veinte minutos y cincuenta segundos y, después, enterrado para siempre». A la larga, se demostraría que fue exactamente así, pero hay buenas razones para dudar de las afirmaciones que hicieron con posterioridad algunos de los que votaron a favor del programa, que afirmaban que nunca se albergó la intención de tomárselo en serio. Porque, en tal caso, ¿por qué habrían considerado necesario aguardar un primer borrador más radical, preparado por el laborista Thomas Johnson, que incluía como uno de sus objetivos «la eliminación de las clases en una sociedad que vive de la riqueza producida por los trabajadores de la nación, pero que no les devuelve ningún servicio útil a cambio»? ¿Y por qué Michael Collins se habría entonces esforzado al máximo para que el programa se desechara por completo? En una época de grandes levantamientos sociales, los dirigentes del Sinn Féin tenían que hacer algo para contar con el apoyo de las organizaciones obreras y para disuadirlas de hacer su propia apuesta por el liderazgo en la escena nacional. El destino posterior del Programa Democrático, que fue exactamente el que describió O'Faoláin, muestra la diferencia entre un gesto pragmático dictado por el equilibrio de fuerzas y un compromiso ideológico duradero.

A esa sensación de un orden social amenazado habría que añadir el desafío (más débil) que la implicación de las mujeres en ambos flancos del movimiento independentista había planteado a su estatus de subordinación. Había una organización de mujeres republicanas, Cumann na mBan (Liga de mujeres), cuyas miembros tomaron parte en la Insurrección y en la Guerra de Independencia en calidad de combatientes; a menudo se las desviaba a papeles secundarios como enfermeras, mensajeras, etcétera, pero también portaron las armas, codo con codo con los Voluntarios varones del IRA. Las miembros del Cumann na mBan votaron en su inmensa mayoría en contra del Tratado, provocando un torrente de indignada misoginia por parte del bando favorable al mismo; en su correspondencia con el arzobispo de Dublín, William Cosgrave se refiere al «papel prominente y destructivo que han jugado las mujeres en la actual y deplorable revuelta», mientras que P. S. O'Hegarty dedica todo un capítulo de su panfleto propagandístico *The*

Victory of Sinn Féin a las «furias» republicanas. Como consecuencia de esto, las activistas mujeres serían borradas de la historia respetable de la lucha. Ferriter cita la respuesta oficial a una veterana que había sido herida de bala durante la Insurrección de Pascua mientras dirigía a un grupo de cinco hombres y que, como resultado, quedó permanentemente incapacitada: el cuerpo responsable de adjudicar las pensiones la informó solemnemente de que «la definición de “herida” de la sección dieciséis solamente contemplaba el género masculino».

Este agudo miedo ante la turbulencia social –la creencia de que «cuando el alguacil deja de cumplir con sus obligaciones estamos ante el primer signo de que una civilización se derrumba», como Kevin O’Higgins señaló en una cita celeberrima– ayuda a explicar por qué militantes republicanos de larga trayectoria estuvieron dispuestos a aceptar un acuerdo que rebajaba tantísimo sus fines originales. También arroja luz sobre la implacable eficacia con la que se dedicaron a reprimir a las fuerzas contrarias al Tratado después de que Michael Collins iniciara el conflicto hostigado por las presiones de Churchill y Lloyd George. Como apunta Ferriter, las setenta y siete ejecuciones de prisioneros republicanos durante la Guerra Civil fueron cincuenta y tres más de las que las autoridades británicas habían llevado a cabo durante la Guerra de Independencia; hubo también muchas matanzas aleatorias fuera de las mazmorras del Estado Libre, incluyendo la infame masacre de Ballyseedy, en la que un grupo de presos fueron atados a una mina terrestre que fue después detonada por tropas del Estado Libre. Parte de esta brutalidad procedía del hecho de que camaradas recientemente divididos estaban luchando unos contra otros; conflictos así suelen ser especialmente enconados con independencia de la ideología, pero también tiene sentido considerar el trato implacable de los partidarios del Tratado a sus oponentes como una manifestación de su inseguridad: amenazados por la militancia obrera, así como por los insurgentes republicanos, el nuevo Estado estaba decidido a afirmar su autoridad de la manera más enfática posible.

No pretendo afirmar que la Guerra Civil fuera sencillamente la sustituta de la lucha de clases. Muchos, si no la mayoría, de los dirigentes opuestos al Tratado sentían, como mucho, indiferencia ante la causa obrera; de hecho, algunos comandantes del IRA no veían apenas la necesidad de la «política», lo que ayuda a explicar su derrota. Queda mucho trabajo por hacer sobre la composición social precisa de los dos bloques. Ferriter cita estudios regionales de Peter Hart, Michael Farry y Marie Coleman, que minan el argumento de que el apoyo al Tratado se dividía según líneas de clase, pero esa obra ha sido a su vez puesta en duda por historiadores como Gavin Foster. Hay un amplio hueco empírico aquí que los investigadores tendrán que rellenar. Con todos los matices que se pueden y deben añadir al cuadro, merece la pena recordar otro comentario de Kevin O’Higgins, justo al finalizar la

Guerra Civil, que también cita Ferriter: «Aquí estaban las masas silenciosas, decentes, del pueblo, ansiosas por restaurar el crédito de la nación y, en el otro lado, estaba la ralea ruidosa e ignorante, que sólo sabía gritar y destruir, en lugar de construir». Si despojamos a la frase de sus gruesas capas de prejuicio social, da una idea bastante clara de lo que los hombres como O'Higgins pensaban que estaba en juego en el conflicto.

El penúltimo capítulo de Ferriter tiene un título bastante imposible —«Invocando los fantasmas revolucionarios mientras el tigre celta muere y el Fianna Fáil se hunde»—, que muestra que hay más de una manera de leer el pasado a la luz del presente. La crisis económica que ha dominado la política irlandesa durante los últimos ocho años ha provocado una gran cantidad de artículos que contrastan las esperanzas de la generación revolucionaria con el comportamiento del Estado irlandés a partir de la independencia. El breve comentario de Ferriter sobre esta «añoranza de los fantasmas del pasado» no dice nada especialmente agudo sobre quienes detentan ahora el poder en Dublín; una cita de Michael Collins que él considera pertinente —«No debemos tener organismos estatales dirigidos por políticos cuya única cualificación sea haber ascendido hasta un determinado punto de la escala política»— meramente regurgita la sabiduría de taberna de esos expertos que consideran que lo que necesita el país son unos pocos tecnócratas competentes. Para conocer la opinión del historiador sobre la crisis y su desarrollo posterior, tenemos que recurrir a su periodismo.

Como muchos intelectuales públicos irlandeses, Ferriter parece estar de acuerdo con los movimientos de protesta en abstracto, pero no con los que se materializan en la realidad. En 2013 sugirió que los historiadores del futuro «contrastarían la ola de protestas y movilizaciones registradas en otros países donde la incompetencia y la avaricia habían quedado expuestas con la ausencia de una actividad así en Irlanda, incluso cuando la magnitud de la traición de los banqueros y de su desprecio por las vidas de sus compatriotas se había hecho pública». «¿No habría nada que llevara a los irlandeses a las barricadas durante el colapso financiero?». Durante los dos últimos años, el mayor movimiento social de esta generación se ha desarrollado en oposición a las tarifas del agua. Las comunidades obreras, de donde procedía la gran mayoría de quienes protestaban, tenían todas las razones para oponerse a las tarifas —se trataba claramente de un plan para preparar la privatización del suministro de agua y para dar oportunidades de lucro a los amigos de la elite política—, pero la movilización formaba también parte de una reacción mucho más amplia contra los años de la agobiante austeridad, que aprovechaba la primera oportunidad que había surgido de asestar un buen golpe. Ahora se han suspendido las tarifas, en buena medida gracias a una campaña masiva de desobediencia al pago. En la línea de la gran mayoría de los columnistas de los periódicos irlandeses, Ferriter respondía a estos

acontecimientos con indignación, perorando contra los «desvergonzados populistas», cuyo «postureo y cháchara» habían forzado al gobierno a retractarse: «Qué tortuoso asunto es desarrollar una República irlandesa dotada de sentido civil». Su alegato habrá encantado a quienes juzgan a los que protestan como una ralea egoísta e indisciplinada y piensan que la tarea de construir una «República irlandesa dotada de sentido civil» es una tarea que enfrenta a una elite valiente contra la masa de los ciudadanos irlandeses. Si hay que elegir entre el «desvergonzado populismo» de los movimientos en contra de las tarifas del agua y el desvergonzado elitismo de los comentaristas irlandeses, no hay ninguna duda de en qué bando se encuentra la mayor esperanza para el futuro de Irlanda.